



"Lámpara de incandescencia Maxim." 1898, n.º 881, p. 742.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

MÁSCARAS DE TEATRO Y CALLE

Estos días ha intentado Emilio Mario sacar á luz algunas comedias viejas y antiguas, que antaño electrizaron al público y fueron objeto de discusiones y apasionadas controversias, y que hoy deben escucharse, si no con entusiasmo, al menos con el religioso silencio que imponen las obras clásicas, sancionadas ya por el tiempo. La primera, escogida por Mario para su beneficio, fué *Muñete y verás*, de Bretón de los Herreros. Yo no sé si á la gente, en general, le produjo la misma impresión que á mí: de mí sé decir que me sorprendió la maestría de la factura y la extrema sencillez, casi elemental, de la trama. Desde el primer acto se ve patente el desenlace; así es que el estímulo de la incertidumbre y de la curiosidad no sostiene el interés del espectador: el autor se priva voluntariamente de este recurso. Tampoco se vale de frases de relumbrón, ni de alambicadas ingeniosidades, ni de golpes trágicos de sentimiento. Toquecitos ligeros; apacibles escenas en que no hay un grito ni una contorsión de cuerpo ó de alma; sales cómicas y nada de pimentón ni de especias; la sensibilidad recatada y pudorosa, la energía contenida y sólo manifestada en las acciones, y sobre todo el cuadro de una época trazado discretamente, con media docena de pinceladas rápidas y con profusión de medias tintas... he ahí el arte de Bretón, algo anticuado, pero exquisito. *Muñete y verás* fué bordado delicadamente por los actores del teatro de la Comedia, vestidos con rigurosa exactitud á la moda de los años 30. Los hombres parecían *currutacos* y las mujeres *lechuguinas*. El traje de la mujer, en aquel tiempo, era tan fino y tan sencillo como las mismas comedias de Bretón: nada más pulcro y decente, nada más atractivo que aquella falda algo corta descubriendo el zapato de raso y

las galgas cruzadas sobre la blanca media; aquellos corpiños altos y bien ceñidos, aquellos *chalets* que señalan el talle airoso, y aquellos peinados de canastillo y bucles que dejan libre la nuca y la garganta y encuadran el rostro afinando su óvalo suave.

La segunda exhumación fué *El tanto por ciento*. Esta comedia de Ayala es relativamente de ayer. No hay que contar muchos años para recordar las discusiones que suscitó su estreno; y cuando digo discusiones, más bien debería decir aclamaciones, porque el juicio de la crítica y de los espectadores fué desde el principio favorable á esta producción de Ayala, estrenada, si no me engaño, allá por 1860 á 1861. Por ella le ofreció la prensa, y costearon mediante suscripción sus admiradores, una corona de laurel de oro, y por ella fué Ayala reconocido jefe de una escuela que pretendía conciliar el espíritu romántico y la perfección y mesura de un clasicismo en cierto modo realista. Esa hora que no siempre oyen sonar los escritores una vez en la vida, y en que su inspiración se funde con el alma del público, sonó para Ayala al producir *El tanto por ciento*. Se le saludó y proclamó gran moralista, satírico profundo y admirable disector del alma humana. Revistió *El tanto por ciento* los caracteres de un acontecimiento literario de primer orden; y la moral del desprendimiento y hasta de la imprevisión, que el poeta procuraba inculcar en las escenas del drama, tuvo, ya que no discípulos prácticos, por lo menos imitadores teóricos en centenares de autores de comedias que maldijeron del interés y elevaron altares á la prodigalidad y á la holgazanería.

Anoche asistí á la representación de *El tanto por ciento*, ante un público que ya debe de tener puesto en olvido el nombre de Adelardo López de Ayala. Con sorpresa noté desde el primer instante que la actitud de ese público era, más que otra cosa, hostil al drama, y que si en las escenas donde la Cobeña y Thuillier tenían parlamentos largos, de pasión, sonaba el aplauso, rumores de descontento acogían en cambio los diálogos de los demás personajes. No era posible dudarlo: la que hasta *Consuelo* pasó por obra maestra de Ayala, *aburría* al público; al mismo público que complacido y atento escuchara pocos días antes *Muñete y verás* de Bretón. ¿Les parecía más lánguida la comedia de Ayala? Tal vez... y yo confieso que me sucedía algo de lo mismo. *El tanto por ciento*, en determinados momentos, me pesaba como plomo. Sin embargo, Ayala no ha perdonado medio para animar el diálogo, y ha buscado elementos cómicos en las figuras de Petra, de Ramona, de Sabino y hasta de Andrés, el tronado vividor y calavera. ¿Por qué lo cómico de Ayala parecerá hoy tan apagado, tan inerte, tan soso — digámoslo de una vez? — «Estos chistes hacen llorar», exclamaba un espectador para quien era nuevo *El tanto por ciento*, y en general todo el repertorio de Ayala.

El respeto, en literatura, debe cultivarse como se cultiva una virtud: hasta á contrapelo del gusto, yo creo que es preciso respetar nombres como el del autor de *Consuelo*; y si en mi interior compartía la impresión de fatiga del público, procuré no dejarla asomar al rostro. Lo único que deseaba vivamente era darme cuenta del *porqué* de esta impresión. ¿Es que la obra de Ayala no está divinamente construída, como á torno? No por cierto: difícilmente se podrá imaginar un arte más consumado y diestro y mayor habilidad para tocar resortes. Atribuyo la frialdad con que escuchamos la obra á otras causas: la tesis ha caducado: el *negocio* que Ayala estigmatiza y flagela es una cosa, y lo que en el día entendemos por *negocio*, otra: no se puede convencer al público, toda vez que la definición de Ayala y la suya no concuerdan. En *El tanto por ciento* Ayala presenta como *negocio* una serie de infames charranadas: Andrés escondiéndose alevemente en el cuarto de una señora y saliendo de él á vista de todo el mundo, con el mal fin de desacreditarla y casarse con ella y gozar de su riqueza; Petra dejando calumniar á su bienhechora y amiga, cuya inocencia le consta, por un fin de lucro; los criados procurando la desdicha de sus amos; Roberto traicionando la amistad y ejercitando la sordida usura; en fin, un hormiguero de bajezas y ruindades que no hay por donde cogerlo, que Ayala califica de *negocio* y el espectador de *maldad* pura y neta. Por otra parte, en España no hace estragos el afán de negociar, sino más bien la pereza, la apatía y el sueño ó modorra del capital; todo el mundo encuentra más cómodo invertir sus caudales en *papel del Estado*, cortando descansadamente el cuponcito y gastándose lo que viene así, como de momio, en pasarlo lo mejor posible. Anatematizar la industria, el comercio y la actividad podrá ser muy español, pero ya nadie cree que sea conveniente y útil á la patria, ni sano y fortificante como enseñanza y lección. La tesis de Ayala, mal planteada, ha envejecido, mientras la miga filosófica de *Muñete y verás* tiene una actualidad eterna.

El culto teatrillo de la Comedia va á perder su sintonía el año próximo. Se convertirá en un teatro más *por horas*. El «género chico» plantará su enseña triunfante en ese recinto donde habitó tanto tiempo una Talía seria ó cómica, siempre señoril y discreta. El público especial del teatro de la Comedia — público sano, sólido y algo remirado en cuestiones de moral — se ha enterado de la noticia con extrañeza y con pena. Estaba acostumbrado á su repertorio, á sus actores, á sus cómodas butaquitas, á su templado ambiente, á aquella atmósfera de formalidad en la diversión y de corrección burguesa en la literatura. La nueva etapa de su coliseo favorito rompe hábitos que forman ya parte de su ser. Veremos si la compañía que ha de sustituir á la de Mario consigue una concurrencia tan fiel y adicta como la que acudía á la Comedia, aun en este año triste y angustioso para todo el mundo, y más para los que de recrear al público viven.

* *

¿Y el Carnaval?, preguntarán los que todavía están encariñados con la tradición y recuerdan tiempos prósperos para la careta y el disfraz. ¡Ah! ¡El Carnaval! Ni mejor ni peor que otros años... Más sarao y más banquetes que en Cuaresma, y muchos bailes públicos, tal vez animados para los hombres de quince á veinticinco años de edad: es cuanto puede decirse del Carnaval de 1897. A mí, en esta época, me gusta mucho mirar los escaparates. Son alegres y bonitos en su colorido los disfraces, las caretas, los alfileres, las panderas, los *confetti* y los guitarreros encintados y erizados de moños chillones. El regocijo, que acaso no existe ya en las almas, se ha quedado relegado á las cintas y á los cascabeles y á los vivos y gayos tonos de los adminículos y chirimbolos carnavalescos. Al mirar ciertas caretas, fantaseamos las bromas ingeniosas que podrían abrirse paso al través de esos sardónicos labios de cartón y de esos bigotes de tieso y fosco *crepé*. La seda de los dominós, la lina que juega en los pliegues del raso, evocan carnavales de Italia, fiestas venecianas, con góndolas que ostentan un collar de farolillos rojos, verdes y amarillos, cuyo reflejo enciende el agua sombría de los canales. Recuérdame los versos de Alfredo de Musset, tan saturados de embriaguez romántica, donde describe el dominó negro de la siracusana, y su diálogo con el extranjero que pasa y á quien sonríe. Pero el que quiera imaginar ó soñar el Carnaval, que no lo vea sobre todo en las calles, entre el polvo y el bullicio, la gresca y la jarana, en esa serie de innobles disfraces que son la danza macabra de la miseria. Que cierre los ojos para no contemplar el repugnante espectáculo de los pobres demonios enfundados en perla negra, con rabo colorado y cuernos del propio matiz embadurnados de almagre; de los andróginos cuyo seno está hecho de rollos de trapos y cuyas botas parecen cogedores de la basura; de los chiquillos sepultados en una chistera derrengada y sin forro, blandiendo una escoba vieja; de las muchachas envueltas en una colcha, rodando por las calles entre cuchufletas y requiebros bárbaros; de los andaluces y valencianos pedigüeños, que tienden á los coches mano con uñas de riguroso luto; del asqueroso mascarón que columpia el *higui*; y sobre todo, de la tristeza general que se revela en todos estos payasos infelices, que probablemente llevan el estómago vacío, á no ser que dance en él la matinal copa de agua de diente... ¿Hay cosa más fúnebre que la apariencia de la diversión y la realidad de un sombrío aburrimiento? ¿Hay nada tan melancólico como la caricatura del placer?

La batalla de flores se ha quedado en proyecto. No sé cuándo se convencerán de que no cabe batalla de flores en climas que no las producen. Si hay que comprar á peso de oro los proyectiles, pocos guerreros se atreverán á entrar en liza. Una rosa vale un *perro* en Madrid el resto del año; y en Carnavales valdría una *perrera* si la *batalla* fuese un hecho. Déjenles esas batallas á Niza, á Valencia, á los países en que la flor está en las costumbres y al nivel del pueblo, que la canta en sus coplas amorosas y la prende en la cabeza y en el seno de sus mujeres. En Madrid sólo los ricos pueden darse este lujo poético: sólo los ricos ven flores todo el año. Por eso, y no porque destruyeran las platabandas y jardines del Retiro los combatientes, no cuajó la batalla de flores. ¡Para florescitas están los tiempos! Una batalla de hortalizas tendrían si quiera el resultado práctico de que los pobres golfos hambres recogerían del arroyo alcachofas y lechugas y harían caldo ó menestra para devorarla al día siguiente como pan bendito...

EMILIA PARDO BAZÁN